

Crisis de los sistemas de representación y relativismo cultural en las discursividades geográficas

Miguel Ángel Silva

Instituto de Geografía. Facultad de Ciencias Humanas. UNLPam

@ [miguelangel.silva153@gmail.com]

En las últimas dos décadas del siglo XX se extendió en los medios académicos y en las agendas intelectuales de las sociedades occidentales y orientales el concepto de globalización, y durante ellas, los discursos relacionados con este concepto parecían explicar a la geografía contemporánea.

A partir de la puesta en marcha de los discursos sobre la globalización se generaron interesantes propuestas que dieron relieve a las ciencias sociales más allá del reducido ámbito de investigadores y profesores universitarios.

Desde ya que las interpretaciones de esta globalización tuvieron innumerables matices instrumentales, prescriptivos e ideológicos y por cierto, entre los geógrafos ayudaron a re-significar la dinámica de una disciplina anclada en descripciones fácticas, hechos locales desconectados de los nuevos adelantos tecnológicos y comunicacionales globales y en concepciones territoriales relativamente estancas, no comprendidas como móviles y concebidas únicamente como fijas e inertes. Los conceptos de territorializaciones y desterritorializaciones comenzaron a inundar la bibliografía geográfica y re-posicionaron dinámicamente nuevas líneas de investigación.

Si realizamos otro tipo de análisis, este cambio en el panorama del conocimiento significó “una crisis del sistema de representaciones discursivas-geográficas”.

Una de las tantas y complejas aristas para entender esta crisis en el sistema de representaciones podría partir de una pregunta: “¿Hasta qué punto los discursos geográficos y sus sistemas de representación adherían o adhieren al denominado relativismo cultural?”.

Tenemos en claro, que estos temas son muy polisémicos y polémicos, ya que involucran no sólo a los objetos de conocimiento, sino a los sujetos cognoscentes. Desde este punto de vista, constituyen aproximaciones para

despertar el debate en la Geografía. Para adquirir tal carnadura y clarificar su importancia, parto de la base que dicho despertar en el debate no debería ser exclusivo de la denominada/s teoría/s geográfica/s, sino también de los estudios geográficos empíricos o aplicados a distintas escalas.

Evidentemente, que la geografía desde los albores de su institucionalización con el Iluminismo abogó por formas de representación de muy variada índole, desde los sistemas de representación cartesianos, los científicos positivistas y los neo-positivistas, los dialécticos binarios, los hermenéuticos o los trialécticos y afines a otredades de los últimos años.

Plantear el estudio de una geografía desde una perspectiva relativista requiere un examen minucioso sobre lo qué significa el relativismo y hasta que punto nuestros discursos, cátedras e investigaciones se encuentran impregnados de relativismo o son reproducciones idealistas, mecanicistas y/o funcionalistas reproductoras de un statu-quo intelectual oficial o de un entramado de intereses puramente ideológicos.

Pensar desde el relativismo nos sitúa en una posición nada fácil para escudriñar sobre la temática y que puede resultar incómoda para muchos colegas; pero reafirmo la necesidad de reflexionar sobre la evolución del relativismo en general de las ciencias y en particular de las Ciencias Sociales. (Obvia inclusión de la Geografía).

He seleccionado al sociólogo Steven Lukes que en su obra: *Relativismo Moral* nos brinda un adecuado resumen para entender estas complejas cuestiones que nos atañen como ciudadanos y profesionalmente, como docentes-investigadores.

Lukes, parte de una pregunta muy central, para nada novedosa, pero que es necesario rescatarla: “¿Lo que podemos conocer está determinado por un mundo que es independiente a nosotros, o que en cierto sentido ‘depende de nosotros?’” (Lukes, 2011: 16). Para Kant, no podemos salir del círculo de nuestras concepciones, teorías y razonamientos; por lo tanto el conocimiento debe enmarcarse en categorías preestablecidas (espacio, tiempo, sujetos y objetos en relaciones causales). O sea, que no dependemos de nuestro razonamiento –en sentido estricto– sino que el conocimiento se encuentra dictado por la Razón.

En el siglo XIX, Nietzsche fue el que asestó un golpe mortal a esta forma de pensamiento kantiano defendiendo lo que muchos autores denominan: *Perspectivismo* para el que: “vemos en perspectiva y sólo conocemos en perspectiva” (Lukes, 2011: 16).

Es decir, que lo que conocemos está guiado, configurado y hasta constituido por nuestros deseos y nuestras pasiones; en una palabra, por nuestros intereses. Existen, indefinidamente, muchas perspectivas posibles desde las cuales podemos obtener conocimiento, y no hay visos que éstas vayan a converger dentro de una teoría verdadera y comprensiva del mundo (Lukes, 2011: 17).

Entonces cuando las perspectivas aparecen ligadas a determinados grupos nuestras ideas y teorías se plasman en formaciones culturales locales, enraizadas y confinadas a épocas y lugares particulares.

En la historia y sociología del conocimiento durante el siglo XX, se pueden mencionar a Paul Feyerabend, Thomas S. Kuhn y Bruno Latour, ligados a los conceptos de anarquía epistemológica, paradigmas inconmensurables y teorías del actor-red, como cercanos y/o defensores del relativismo cognitivo (según sus etapas sus adhesiones han sido más fuertes o más débiles).

Esta situación, sumariamente correspondería al Relativismo Cognitivo, pero queda el otro Relativismo, que Lukes denomina Relativismo Moral.

Muchos autores pueden adherir al Relativismo Cognitivo y no contemplar el Moral o viceversa. O ambos, juntos e inseparables.

El relativismo moral tiene acepciones –a nuestro entender– más controvertidas, dado que incorpora la cuestión de los juicios de valor y su relación con el conocimiento.

Esta perspectiva nos lleva incuestionablemente a referenciar y/o reflexionar sobre los problemas de la ética relacionada con el conocimiento y a esta relación, como parte de la cultura.

¿Pero aquí tendríamos que diferenciar los conceptos: cultura o culturas?: Sí. Evidentemente, hoy hablaríamos de culturas.

La Geografía a diferencia de la Antropología Cultural, Historia Cultural, Sociología de la Cultura, etc. no tiene mayores tradiciones en este tipo de estudios, salvo en el campo de la Geografía Cultural de forma manifiesta y explícita, pero consideramos que las implicancias culturales –relativistas o no– se encuentran en formas más sutiles como subyacentes en los otros campos convencionales disciplinarios de la Geografía. Es decir, habría que indagar hasta que punto todo el corpus de la geografía posee determinadas formas de relativismo cultural o no.

La presencia, la mirada y el análisis crítico relativista cultural en este sentido nos convoca a replantear los estudios geográficos que tienen directa o indirectamente referenciación territorial o espacial. Pero, surgen una serie de paradojas a tener en cuenta: Si planteamos los estudios geográficos desde

el relativismo cultural nos encontramos con que la mayoría de los discursos reconocen una base de universalización eurocéntrica. Y consecuentemente, los sistemas de representación utilizados para validarlos o legitimarlos cognitiva y moralmente se derivan desde esta concepción eurocéntrica.

Esta situación es la que hace poner en tensión los universalismos y los particularismos cognitivos y morales.

El otro aspecto sumamente conflictivo es que el relativismo cultural se ha asociado al Multiculturalismo. (Concepto que ética e ideológicamente ha sido manipulado por algunos autores, por ejemplo: Samuel Huntington como justificación de una globalización cultural sumamente arbitraria y discriminatoria).

Para estudiar el relativismo cultural, “la ética del reconocimiento” es el punto neurálgico central. Aquí existen numerosos autores que no siempre concuerdan entre sí: desde los alemanes Jürgen Habermas, Axel Honneth, o los estadounidenses: John Rawls, Richard Rorty, Martha Nussbaum, Charles Taylor (canadiense), Alasdair MacIntyre (escocés), el esloveno Slavoj Žižek o los mexicanos León Olivé y Luis Villoro.

Ellos discuten sobre las éticas del reconocimiento en los modelos liberales, los igualitarios y los comunitaristas. De ahí, que inferimos su importancia en la concepción de las sociedades, de los estados y de las políticas contemporáneas.

Entonces nos queda replantearnos las perspectivas éticas que permanecen ocultas o visibles detrás de cada tipo de discursividades geográficas que evidentemente nos acercan a una geografía como conocimiento, pero culturalmente relativista y provista de valores (en los objetos y en los sujetos del conocimiento) que son necesarios para debatir la crisis de los sistemas de representación a la que aludíamos al comienzo de estas líneas.

Por todo esto consideramos que “Una Geografía perspectivista, relativista y provista de valores, actitudes e intenciones y de una agenda socio-cultural-política implícita, neutralizaría los sistemas de representación que la realidad nos impone como una totalizadora ilusión de transparencia”.

Para finalizar, estas reflexiones son premisas básicas para continuar investigaciones epistemológicas-éticas-culturales y la crítica con el fin de deconstruir una Geografía interpeladora en la sociedad actual.